

EL V. MRO. JUAN
DE ÁVILA
Predicador y Apóstol de la
Andalucía. fue natu-
ral dela villa de Almo-
dovar del Campo. vís-
ta de su sepulchro en Montilla a 10
de Maio. de 1669 cum-
plidos los 70 años
de su edad.
es copia Original.



Año Jubilar de San Juan de Ávila

Textos para la preparación de su fiesta

«Señor,
si me mandáis hacer
lo que Vos hicisteis,
dadme vuestro corazón.»

Joan
Joanb

FESTIVIDAD DE SAN JUAN DE ÁVILA

10 de mayo

ORACIÓN EN LA CASA DEL SANTO MAESTRO

En 1554 el padre Ávila se retira a Montilla. Aquí podría trabajar con el sosiego que necesitaba y con la limitación que las enfermedades le imponían. Rehusando la habitación que la marquesa de Priego le había preparado en su palacio, el maestro Ávila se retiró a esta pequeña casa propiedad de la marquesa, de paredes blanqueadas, de suelo tosco y empedrado, adornada por parras y un pozo de agua en el patio, que fue testigo del gran predicador de Andalucía durante los quince últimos años de su vida.



CAPILLA-ORATORIO

Cada mañana hacía dos horas de oración y se preparaba para decir la Misa, en la cual gastaba todo el tiempo que la devoción le dictaba, prolongándola a veces hasta casi dos horas. Estudiaba los sermones que predicaba, de rodillas, puesto en oración. Por la tarde, después de las visitas a los hospitales y las cárceles y la enseñanza del catecismo a los niños, se recogía en casa para entregarse durante otras dos horas a la oración. Tenía un crucifijo de talla y su modo de hacer oración, como no podía estar de rodillas por sus enfermedades, era asirse con una mano del clavo de los pies y, sustentándose en pie, de esta manera se estaba las horas en oración. Así recibió favores singulares, como el que ha recogido la tradición iconográfica de haber oído de labios de Cristo crucificado: "Juan, tus pecados te son perdonados".



De un sermón del padre Ávila

Sermón 10. Jueves I de Cuaresma

Necesidad e importancia de la oración

«No hay puerta cerrada para Dios. Siempre, de noche y de día, podéis entrar a negociar con Él muy de gana. Y te oirá y consolará y hará todo lo que fuere menester que convenga a tu provecho. Gran misericordia es tener a ese Señor tan de la mano, con quien tantos negocios y de tanta importancia tenemos. Conviene, pues, siempre orar y estar siempre delante de Él. Y cualquier cosa en que entiendes está ya bien enhilada y acabada, no por eso te descuides de llamar al Señor para que venga su ayuda y favor, sin el cual ni se comenzara, ni se mediara, ni tuviera buen fin ese negocio en que entiendes. No penséis que cosa buena podéis hacer sin su consejo, antes sin él en todo erraréis.»

De una plática sobre la alteza del oficio sacerdotal

Enviada al P. Francisco Gómez, S. I., para ser predicada en un sínodo diocesano de Córdoba. 1563 n.6

El sacerdote debe ser santo

«Mirémonos, padres, de pies a cabeza, alma y cuerpo, y vernos hechos semejables a la sacratísima Virgen María, que con sus palabras trajo a Dios a su vientre, y semejables al portal de Belén y pesebre donde fue reclinado, y a la cruz donde murió, y al sepulcro donde fue sepultado. Y todas estas cosas santas, por haberlas Cristo tocado; y de lejanas tierras las van a ver, y derraman de devoción muchas lágrimas, y mudan sus vidas movidos por la gran santidad de aquellos lugares. ¿Por qué los sacerdotes no son santos, pues es lugar donde Dios viene glorioso, inmortal, inefable, como no vino en los otros lugares? Y el sacerdote le trae con las palabras de la consagración, y no lo trajeron los otros lugares, sacando a la Virgen. Relicarios somos de Dios, casa de Dios y, a modo de

decir, criadores de Dios; a los cuales nombres conviene gran santidad. ¿Quién será aquel tan desventurado que, siendo Dios tanpreciado y honrado, dé consigo en el lodo y hediondo cieno de los pecados? ¡Oh padres míos! Bienaventurados somos si sabemos conocer y nos queremos aprovechar del gran precio y estima con que somos honrados de Dios. Y ¡ay!, ¡ay!, ¡ay de nosotros si, siendo tan preciados de Él, no nos preciamos a nos ni lo preciamos a Él!»

DESPACHO

A medida que su actividad exterior se reducía, el maestro Ávila se concentró cada vez más en el apostolado de la pluma. Es ahora cuando escribe gran parte de su epistolario. Desde Montilla redacta los memoriales que dirige al concilio de Trento, los consejos que da al arzobispo de Granada, D. Pedro Guerrero, y los dos escritos que dirigió a los concilios de Granada y Toledo.

Corrige el tratado del Audi Filia y examina la Vida de santa Teresa. Aquí despachaba correspondencia, respondía a las consultas que se le hacían y recibía a los que venían a visitarle para hablar con él de cosas del espíritu.



Cristo continúa presente

«No mires a tus fuerzas solas, que te harán desmayar, sino mira a este remediador, y tomarás esfuerzo. Si, pasando el río, se te desvanece la cabeza mirando las aguas, levanta los ojos en alto y mira los merecimientos del Crucificado, que te esforzarán a pasar seguro. Si te atormenta el espíritu malo de la desconfianza, suena el arpa de David, que es Cristo con la cruz (cf. 1 Sam 16, 23). Echa tus cuidados en Dios (Sal 53, 23) y asegúrate con su providencia en medio de tus tribulaciones; y, si crees de veras que el Padre te dio a su Hijo, confía también que te dará lo demás, pues todo es menos.

No pienses que, porque se subió a los cielos, te tiene olvidado, pues no se puede compadecer en uno amor y olvido. La mejor prenda que tenía te dejó cuando subió allá (cf. 2 Re 2, 13), que fue el palio de su carne preciosa en memoria de su amor.

Mira que no solamente viviendo padeció por ti, mas aun después de muerto recibió la mayor de sus heridas, que fue la lanzada cruel (cf. Jn 19, 34); porque sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero y para que entiendas por aquí que, cuando dijo al tiempo del expirar: Acabado es (Jn 19, 30), aunque acabaron sus dolores, no acabó su amor. Dice San Pablo: Jesucristo ayer fue, y hoy es también, y será en todos los siglos (Heb 13, 8); porque cual fue en este mundo, mientras vivió, para los que le querían, tal es ahora, y será siempre, para todos los que le buscaren.»

*Laus Deo
Alabado sea Dios*



HABITACIÓN Y LECHO DE SU MUERTE

Juan de Ávila vivió entregado a una vida austera de oración, penitencia y trabajo apostólico. Su mobiliario era pobre y reducido: unas tablas apoyadas sobre cuatro pies de madera como lecho y un colchón que hubo de aceptar más tarde, obligado por mandato del médico. Los jueves y los viernes no se acostaba, pasando la noche entera en oración, en recuerdo de la Pasión del Señor. Completando en su carne los dolores de Cristo, sufriendo por su Iglesia, de aquí voló al cielo el 10 de mayo de 1569.



De los últimos momentos y de la dichosa muerte del padre Ávila, recogidos por sus biógrafos

Ya no tengo pena alguna en este negocio

A tal punto llegaron los dolores una noche, que el Maestro pidió a Dios que se los quitase. Desapareció el dolor, y a la mañana siguiente dijo a uno de sus discípulos: *“¡Ay, hermano, qué bofetada me dio esta noche el Señor! Me ha humillado, dándome conocimiento de mi flaqueza, pues rehusé como flaco llevar la carga”*.

Los males fueron en aumento. El Maestro presentía ya el fin. Le preguntaron si quería hacer testamento. Contestó que no, porque no tenía nada que dejar a nadie. Pidió confesarse. *“Quisiera -dijo- tener un poco más de tiempo para prepararme mejor para la partida”*. Confesó y al ver entrar al sacerdote en su habitación pidió el viático con tierno y amoroso afecto diciendo: *“Denme a mi Señor, denme a mi Señor”*. El padre le pidió que les dijese alguna cosa de edificación antes de administrárselo. Él respondió *“que el Señor que quería recibir en aquel Santísimo Sacramento había descendido de los cielos a la tierra para remedio, sanidad y consuelo de pecadores arrepentidos; y que él era uno de ellos y como tal pedía que se lo diese”*.

Al poco vino el padre superior del Colegio de la Compañía y dijo al Maestro, con intención de consolarle, que Dios le daría en aquel trance muchas consolaciones. El Maestro le miró y repuso: *“No, padre, muchos temores por mis pecados”*. Recibió la extremaunción. Por la tarde estaban junto al lecho del moribundo varios padres de la Compañía, que procuraban consolarle. El padre Ávila se volvió a ellos y les preguntó: *“Padres míos, ¿qué es lo que suelen decir cuando acompañan a los que van a morir por sus delitos?”* La respuesta fue clara: palabras de confianza en la

misericordia de Dios y olvido de sí mismo. *“Pues eso, eso, padres míos; díganme mucho de eso”*.

Llegó la marquesa de Priego, aquella mujer que tanto había admirado al padre Ávila, y preguntó al Maestro que qué quería que hiciera por él. *“Misas, señora, muchas Misas y aprisa”* fue su respuesta. La marquesa le preguntó dónde quería que fuese sepultado, mostrando que sería su gusto y el de la condesa, sor Ana de la Cruz, se enterrase en santa Clara. Pero él respondió que no, sino en el Colegio de los Padres de la Compañía.

Era ya la tarde y el dolor iba subiendo al pecho; y uno de sus discípulos que tenía un crucifijo en las manos, se lo entregó; y él lo tomó con ambas manos y le besó los pies y la llaga preciosa del costado con gran devoción y lo abrazó consigo. Era ya noche y le apretaba mucho el dolor, y decía a Nuestro Señor: *“Bueno está ya, Señor; bueno está”*. Llegó el dolor hasta las once o doce de la noche, y él perseveraba diciendo muchas veces, aunque ya con voz flaca: *“Jesús, María y José”*.

Poco tiempo antes de morir le dio una gran congoja y dando muestras que estaba con pena se volvió a la pared, a un cuadrito que tenía de un *Ecce Homo* y habiendo estado un rato mirándole, volvió con suma serenidad y dijo: *“Ya no tengo pena alguna en este negocio”*. En todo este tiempo ninguna mudanza hizo en su rostro ni en los ojos, de los que suelen hacer los enfermos; mas antes la serenidad de rostro, que siempre tuvo en la vida, conservó en la muerte. El dolor no cesaba, ni él de invocar a Dios y repetir los nombres de Jesús, María y José. Y apenas estuvo un cuarto de hora sin habla, con esta paz y sosiego de espíritu a Nuestro Señor. Las luces del amanecer comenzaban a despuntar en el horizonte. Juan de Ávila había muerto. Era el 10 de mayo de 1569, *dies natalis* del santo Maestro.

PRECES

Demos gracias a Cristo, el buen pastor que entregó la vida por sus ovejas y glorificó a su siervo Juan de Ávila, y supliquémosle diciendo: *Apacienta a tu pueblo, Señor.*

— Señor Jesucristo, que enseñaste a tus discípulos a orar, haz que, como nos enseña el maestro Ávila, nuestra alma se comunique contigo en el habla secreta e interior de la oración.

— Señor Jesucristo, que elevado sobre la cruz atrajiste a todos hacia ti, haz que, como el maestro Ávila, siempre tengamos los ojos puestos en ti, Dios humanado y crucificado.

— Señor Jesucristo, que cuidas de las ovejas de tu rebaño, danos, por tu misericordia, espíritu, no de este mundo, sino de tu Espíritu Santo, para que alumbrados y fortificados con Él, conozcamos y agradezcamos tus inefables bondades.

— Señor Jesucristo, que nos llamas a seguirte guiados por tu vara y tu cayado, concede que siempre oigamos de buena gana tu llamamiento, no nos hagamos sordos y te sigamos con diligencia como hizo el maestro Ávila.

Padre nuestro.

ORACIÓN



h Dios, que hiciste de san Juan de Ávila
un maestro ejemplar para tu pueblo
por la santidad de su vida
y por su celo apostólico,
haz que también en nuestros días
crezca la Iglesia en santidad
por el celo ejemplar de tus ministros.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.



Nuestra Señora de la Paz.
Capilla de la casa de san Juan de Ávila. Montilla.

«¿Qué será la alegría del hombre que entre en el cielo y vea la hermosura y grandeza de la sacratísima Virgen María y vea a su sacratísimo Hijo Jesucristo nuestro Señor, figurado por Manasés, del cual dijo su padre Josef cuando nació: “Me ha hecho Dios olvidar todos mis trabajos pasados”? Olvido de los trabajos de la Virgen sagrada y de todos los que al cielo fueren es Jesucristo, hijo de ella y señor nuestro. Entretanto, subamos con el corazón y pidámosle nos alcance fuerzas para la imitar en escoger la mejor parte, como ella la escogió.»

Sermón 71. Asunción de María

